

DE OTRO TIEMPO POR DOMINGO MELNI SANTIAGO - 1932



ON Antonio Varas, hombre sin ambiciones, escribía en 1850, al Presidente Bulnes, una exposición sobre las luchas sociales y las revueltas de San Felipe, que constituye un documento muy valioso del estado moral del país en ese tiempo. Varas era un temperamento político objetivo, frío y lúcido. Por lo tanto, no se desvía nunca del sentido de realidad que anima siempre su ac-

tuación pública. Lo que da un tono de austeridad a su correspondencia, es la concepción rígida que tuvo de la autoridad y del orden. "Conservar el orden, dar realidad a las instituciones que nos rigen e impulsar el progreso material y moral, resumen lo que se llamaría un programa". Así escribe a un Intendente el lector de Plutarco y Cicerón, el modesto provinciano, incontaminado por las pasiones santiaguinas. En realidad esa exposición parece escrita en los tiempos actuales. Pero entonces era la formación de la República. Había que buscar un cauce, una norma para enderezarla, después de los amotinamientos militares y de las convulsiones. El lenguaje de Varas, era energético, sobrio, escueto. El mismo era un hombre sobrio, austero.

Dominaba sus pasiones, y por una sola idea grande, lo sacrificaba todo: su país. En la Presidencia había un General, victorioso en muchas batallas. Ese General era el mismo que saliera un día de Santiago, con cincuenta granaderos de su escolta, para ir a sofocar un levantamiento militar en el Sur. Comprendía que la república no era cosa como para entregarla a los desmanes de los motines y cuartelazos, caminos ciertos y seguros del despeñadero. Pero eran otros tiempos.

En los saltos y en los paréntesis de lecturas, cuando se abandona un poco el pensamiento en torbellino de hoy, surgen rasgos tan sugestivos del Chile viejo. Puede pensarse que la historia repite sus etapas. Por lo menos las repite en algunas intenciones, en algunos fenómenos políticos y sociales. Aunque no se repite en sus hombres, sino en ocasiones muy escasas. He aquí 1930... 31... 32. Cifras del tiempo inseguro y contradictorio. La república ha caído en ruinas, tras una dictadura militar, de espantosas consecuencias morales y materiales. Hay quienes dicen que ya no debe hablarse de dictaduras.

Tal vez, si este pueblo tuviera una memoria más lúcida y ordenada. Una memoria más viva para las experiencias. Porque ¿qué otra cosa son, Coquimbo, Copiapó y Vallenar, sino fermentos del estado policial en que hasta hace poco, Chile vivió por espacio de cinco años? Mientras una clase burocrática y ávida gozó de todas las prerrogativas, otra clase quedó en la miseria. En una miseria que no se veía, porque estaba cubierta con el oropel de un bienestar artificial. ¿Y la corrupción moral? ¿La profunda y cenagosa corrupción moral, producida por el espionaje, por las delaciones, por los sobornos, que envilecieron a tantos y tantos?

«Todos los males sociales—escribía Varas a Bulnes—debían remediarse no por las vías marcadas por la ley, sino de hecho por la fuerza bruta y la palabra revolución ha llegado a ser una especie de ídolo a que han erigido altares algunos hombres inapercibidos, bajo la influencia de perturbadores, duchos en las revueltas y trastornos». Varas defendía lo que para él era la salud del país: su organización, el orden. Casi a un siglo de distancia, los fermentos no piensan en la organización, sino en el poder escapado de sus manos. El estado policial no pensó nunca en la creación del factor hombre como elemento útil de la sociedad. Lo usaba como cifra. Por eso tomaba por brazadas a los más incapaces, para que sirvieran a sus fines de prepotencia y de arraigo en el poder. Con una mentira de orden ilusionó a este país tan propenso al orden. Creó el tumulto, para darse el placer de aplastarlo. Era cosa sencilla, puesto que no era más que un artificio. Pero todas estas ficciones son peligrosas para la estabilidad de un país. Jugando al fantasma se acaba por ser fantasma. Cuando sobrevino el derrumbe lógico, quedaron flotando los fermentos, entre el espeso remolino de los rencores, y de la miseria que la dictadura misma había provocado. Resignarse a la pérdida del poder no es cosa tan sencilla; perder las granjerías es llevar siempre viva en el alma, una desgarradura mortificante. El hecho de existir grandes masas de cesantes y de descontentos, constituye un factor inapreciable para los que buscan el camino fácil del trastorno.

Conviene no olvidar que estamos en América, en donde con raras excepciones casi siempre los cambios de gobierno, traen aparejadas revoluciones y crisis, y en ocasiones, encimamientos de caudillos audaces o que estuvieron ya en el poder, arruinándolo todo o que se fraguan en la sombra, con las ambiciones de los desplazados.